

tesoro público y para los intereses de toda la población del país.

«¿Cómo han de venir colonos cuya industria se relacione mediata ó inmediatamente con la del papel, cuando sepan que todos los mexicanos y extranjeros residentes en el país somos tributarios forzados del malo y carísimo papel que entre nosotros se fabrica? ¿No temerán con razón que cada vez que se plantee alguno de los muchos ramos que abarca la industria en sus múltiples aplicaciones, en sus incontables manifestaciones, se presente desde luego el cáncer de la protección reclamando su parte en el ahorro común, de ese ahorro alcanzado con sacrificios y privaciones?»

El colega de Buenavista ve los objetos coloreados con tintes sombríos, porque tiene frente á sus ojos el prisma obscuro de la preocupación.

Esos colonos se vestirían gustosos con las telas malas y caras que se producen en el país, con tal de que pudieran vender sus cosechas á precios ventajosos; poco ó nada les importaría que las novelas del Sr. Mateos ó los versos del infantil poeta Urbina se vendieran tres veces más caros de lo que se venden en la actualidad, con tal de que los productos de su industria ó de su trabajo se cotizaran en el mercado á doble ó triple precio del que hoy alcanzan.

Lo que sí realmente habría de retraerlos de venir á nuestro territorio, sería el saber que, merced á las doctrinas libre-cambistas tan ensalzadas por el *Nacional*, nuestros cereales se encontraban almacenados en las trojes, porque los cereales de Kansas, del Colorado y otros puntos de la Unión Americana estaban abasteciendo la totalidad de nuestras plazas interiores; el saber que nuestras mantas y estampados se veían sustituidos por las cotonadas y cambayas elaboradas en los Estados Unidos y el saber, finalmente, que en México no encontrarían ninguna especie de trabajo, porque, si el libre-cambio llegara á ser planteado en nuestro país, ni los productos de la industria, ni los de la agricultura, ni los del comercio, podrían sostener la concurrencia de los similares con los que, sin duda alguna, nos inundarían nuestros entendidos vecinos del Norte.

Entonces el inmigrante, viendo que aquí no era posible el encontrar medio alguno de ejercitar sus facultades con beneficio razonable, derivaría de rumbo encaminándose á otros países en donde encontrase mayor protección.

No, persuádase el buen colega: estamos toda-

vía en condiciones tales de inferioridad social, que necesitamos la protección del Gobierno para todo aquello que signifique una manifestación industrial.

El *Nacional*, cuando habló, de proteccionismo en los párrafos que citamos al principio de este artículo, señaló estos dos hechos innegables é indiscutibles: falta de iniciativa privada y necesidad de que el Estado intervenga en la esfera de nuestras energías productoras.

De aquellos dos hechos señalados por el periódico de Buenavista en un momento de lucidez, se desprenden estas conclusiones: el Estado, supuesto nuestro modo de ser contemporáneo, debe fungir como si fuese el regulador de los intereses sociales; no habiendo llegado nosotros aún al grado de cultura y desarrollo en que se encuentran los pueblos más poderosos, es decir, careciendo de las condiciones necesarias para hacer frente á la concurrencia extranjera, debe el mismo Estado procurárselas á la industria y al comercio patrios, mediante la imposición de derechos protectores á los efectos extranjeros.

Ni una ni otra de estas medidas debe considerarse perjudicial, por dispendiosa que aparezca, en cuanto á que importe grandes beneficios á la Nación, dando trabajo lucrativo á las clases trabajadoras,—inclusos los colonos ó inmigrantes si llegan á venir,—trabajo que serían los jornaleros extranjeros quienes habrían de desempeñarlo, de admitirse el sistema libre-cambista aconsejado por el irreflexivo periódico á quien venimos impugnando.

INDUSTRIA DE PORVENIR.

Quien quiera que haya tomado la precaución de ir estudiando con regularidad los cuadros de nuestras exportaciones anuales, no habrá podido menos de reconocer las industrias que en México son viables por sí mismas y que, por consiguiente, deben ser las que de toda preferencia reclamen el concurso de los hombres de empresa, como las más eficaces para proporcionar empleo lucrativo á sus capitales, anchuroso campo de acción á sus actividades y prosperidad, riqueza y poder al país.

Entre esas industrias, llamadas á alcanzar un porvenir de los más halagüeños, citarémos una que, aunque no atendida con todas las circunstancias que pudieran favorecerla, va adquiriendo mayor importancia día á día.

Nos referimos á una de las muchas derivaciones de la cría de ganados: á la exportación de pieles en bruto y curtidas.

Los cueros procedentes de México son conocidos y estimados en muchas plazas del extranjero,